

El poder de la oscuridad

Los Hijos de los Dioses II

Paula de Vera

2ª edición, Amazon KDP, 2020
Portada: Alexia Jorques

NO COPIAR

*Para todos aquellos que se niegan
a dejar de soñar*

NO COPIAR

*“— ¡Maldita sea, niña, cállate y déjame morir de una vez!
Ella no se inmutó. Se inclinó junto a él.
— Si pudieses elegir, ¿adónde irías?
Kurt calló un momento. Sus ojos se nublaron.
— Iría a un lugar donde existiera la paz. Un lugar donde
mi cabeza pudiera por fin quedar en silencio.”*

“LAS HIJAS DE TARA”, LAURA GALLEGO GARCÍA

NO COPIAR

Prólogo

Era joven. Era guapa. En realidad, muy guapa; solo que la suciedad y la mugre que la cubrían, como un manto perenne, hacían que fuese difícil de ver. Su cabello era del color del oro viejo, abundante; y caía en bucles alrededor de aquel rostro afilado por el hambre y la pérdida de las ganas de vivir.

Las pecas que adornaban sus mejillas y su nariz resplandecían en su tez pálida por el frío del invierno. Pero sus ojos brillaban. Era algo muy tenue, apenas un leve resplandor; como la llama de una cerilla a punto de consumirse. Pero estaba ahí. Era una señal de que aquella muchacha estaba dispuesta a salir adelante costase lo que costase. Y que lograría su objetivo.

Pero, mientras la observaba y sus ojos se encontraban, el rostro que tenía ante sí comenzó a cambiar. Sus facciones se redondearon, las pecas desaparecieron, los iris marrones se tornaron de un azul brillante y los bucles dorados se volvieron de un rubio intenso, cayendo en suaves ondas sobre los hombros de la túnica verde oscura.

Un reguero de color rojo sangre serpenteaba desde el cuello hasta la cintura y, por un momento, se preguntó de quién sería esa sangre. Después, la nueva joven sonrió y la mujer sintió tal pavor que se dio la vuelta, de inmediato, y echó a correr. Pero su aliento la perseguía, susurrante, hiciese lo que hiciese.

“Te encontraré”

NO COPIAR

Pan y circo

Morgana se despertó con un sobresalto y el corazón acelerado. Por un instante creyó haber escuchado su voz en su oído; pero, cuando miró a su alrededor, comprobó que estaba sola. No había nadie más en la habitación, podía percibirlo; y, sin embargo... Cerró los ojos y se masajeó las sienes para aliviar el dolor de cabeza. No podía dejar de pensar en lo vívido que había sido aquel sueño y se preguntó, por enésima vez, si no sería una advertencia.

Llevaba una semana soñando con Vivianne y su madre. No podía quitárselas de la cabeza por mucho que lo intentase. Y el hecho de que su antigua pupila siempre terminase persiguiéndola en sus pesadillas, amenazando con encontrarla, le dejaba una honda sensación de inseguridad en cuanto a lo que aquella muchacha era capaz o no de hacer. Pero aquella noche era diferente. No sabía por qué, pero había algo más en su pesadilla. Algo aterrador que no supo identificar y que le provocó un escalofrío al pensar en ello.

Tratando de despejarse, se levantó y se acercó a la ventana para dejar que la brisa procedente del mar la envolviera. En la playa, los rituales de celebración de Imbolc, 1 de febrero, habían terminado hacía rato; pero aún había jóvenes novicios congregados frente a los rescoldos de las hogueras, hablando relajadamente. Morgana se apoyó en el alféizar para contemplar la luna, que rielaba sobre las olas que rompían en la orilla, tratando de no pensar. Pero un grito en el piso inferior la obligó a incorporarse casi de inmediato, a la velocidad del rayo y a salir disparada de la habitación, en dirección al origen del ruido. Oyó cómo una puerta se abría y se cerraba unos metros más allá, en el oscuro corredor, y la alta silueta de su hija mayor se recortó en la penumbra. Sin hablar, ambas se dirigieron hacia las escaleras y, después, hacia la

habitación del fondo del pasillo. Blanca fue la primera en entrar y se abalanzó sobre la cama; donde una silueta pequeña y temblorosa alargó los brazos en su dirección, con un sollozo, en cuanto la vio aparecer. Mientras la hija mayor trataba de tranquilizar a la más pequeña, Morgana cerró con cuidado la puerta del dormitorio y se acercó con paso lento a la cama. Después de sentarse, acarició el cabello de la menor de sus hijas: Solena.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —preguntó con dulzura.

La pequeña alzó en ese momento la cabeza y sorbió, antes de recostarse casi de inmediato en el regazo de su madre con un gemido.

—He tenido un sueño horrible, mamá.

Morgana le acarició la larga cabellera negra.

—Ya está, mi pequeña. Ya pasó. Solo ha sido un sueño.

Solena asintió con rapidez.

—Sí, lo sé —musitó—. Pero ha sido muy real.

Su madre reprimió un escalofrío y su mirada se cruzó con la de Blanca, durante un segundo. Apartó la vista enseguida, pero vio por el rabillo del ojo cómo su hija fruncía el ceño con preocupación. Esquivando sus iris oscuros, Morgana depositó un beso en la coronilla de Solena.

—Los sueños malos es mejor olvidarlos, cielo —le recomendó—. Así corren menos riesgo de hacerse realidad, ¿no crees?

Una risita junto a su corazón le indicó que, con aquella simple frase, había conseguido que su hija pequeña se relajase un tanto.

—Sí —respondió esta, incorporándose y apartándose un mechón de pelo de la cara—. Lo malo es que a veces no me acuerdo de los buenos; esos que sí quiero que se hagan realidad.

Morgana sonrió con cariño y le pasó los pulgares por las mejillas, para secarle las lágrimas.

—A lo mejor deberías escribir alguno cuando te acuerdes. Así, cada vez que lo leas, será como recordarlo. Y, quién sabe, igual lo sueñas de nuevo.

La pequeña parecía bastante más tranquila y sus grandes ojos castaños parecieron brillar ante la perspectiva que su madre planteaba.

—Sí, lo haré —aseguró con la inocencia propia de sus diez años recién cumplidos.

Su madre sonrió y la ayudó a acomodarse de nuevo entre las sábanas. Blanca se inclinó sobre ella desde el otro lado de la cama para darle un beso suave en la frente.

—Descansa, pequeña —le deseó—. Hoy ha sido un día largo.

Solena sonrió.

—Me ha gustado la ceremonia que has oficiado —aseguró con solemnidad.

Blanca aprovechó la penumbra para ruborizarse ligeramente. Como novicia de Saturno a punto de ser ordenada y por petición expresa de su madre, el Sumo Sacerdote de Ávalon le había permitido officiar uno de los rituales de aquella noche.

—Me alegro, Sol —le agradeció—. Ahora a dormir.

La niña asintió, educada y después dejó que su madre se inclinase para repetir la despedida.

—Duerme bien, mi pequeño tesoro.

—Hasta mañana, madre.

La bruja sonrió, al comprobar con aquel apelativo que la pequeña había recuperado la serenidad, y se levantó. Cuando su hija mayor y ella llegaron a la puerta, la respiración de Solena se había convertido en un tranquilo murmullo y ambas suspiraron, aliviadas. Sin embargo, cuando llegaron al piso superior, Blanca siguió a su madre hasta su dormitorio. Morgana no se lo impidió, puesto que sabía que no podía ocultarle nada. Así pues, se sentó en el borde de la cama que daba a la ventana y esperó a que Blan-

ca, que permanecía de pie, hablara. Cuando al final lo hizo, su voz fue un murmullo temeroso:

—Mamá, ¿tú también has soñado lo mismo que Solena?

Morgana suspiró con fuerza. Cuando sus hijas la llamaban así, es que algo muy intenso bullía en su interior. La emoción más fuerte conocida desde que el mundo era mundo: el amor materno—filial.

—No sé si sería lo mismo —admitió en voz baja—, pero también parecía muy real.

—¿Puedo preguntar qué ha sido? —insistió la joven, sin brusquedad.

Su madre apretó los labios y meneó la cabeza, conteniendo el dolor de su corazón.

—No, no quiero preocuparte más de lo necesario —respondió y, eludiendo la mirada interrogante de Blanca, cambió de tema—. Volverás mañana a Ereka, ¿verdad?

—Sí, claro —repuso su hija, sorprendida por la pregunta—. Pero...

Morgana la silenció, sin violencia, con un gesto de la mano.

—Ya tienes bastantes responsabilidades allí, como para cargar también con las mías —y, ante la mirada molesta de su hija, se apresuró a añadir—. Puede que algún día te lo cuente; pero, por ahora no quiero hacer una montaña de un grano de arena. ¿Entiendes?

Blanca no parecía muy conforme con aquella respuesta; pero, al final, claudicó ante la mirada suplicante de su madre.

—De acuerdo. Pero, si algo sucediera, me avisarías, ¿verdad? —quiso saber, arqueando las cejas en un gesto que no dejaba lugar a negativas.

La bruja adulta asintió con una sonrisa divertida, al ver la seriedad que empezaba a impregnar casi todos los gestos de su hija mayor.

—Por supuesto, no lo dudes.

Blanca se destensó visiblemente y, acto seguido, se acercó para besar a su madre en la mejilla.

—Que descanses, madre —le deseó—. Y que los Dioses te protejan.

Morgana le besó una mano con emoción contenida.

—Y que siempre velen por ti, hija mía —repuso en voz baja, en el preciso momento en que ella salía por la puerta.

Cuando se quedó de nuevo sola, la mujer clavó la vista en el mar, reflexionando una vez más sobre su sueño y concluyó que solo había dos cosas claras en todo aquello: la primera, que el pasado la había alcanzado. Y lo segundo, que tenía que encontrar a Vivianne cuanto antes.

NO COPYAR

El retorno

Ray se despertó con el corazón desbocado. Aún podía sentir los pasos de su perseguidor en el sueño; o, mejor dicho, en aquella horrible pesadilla. Miró a su lado instintivamente, pero se relajó de inmediato. Sandra dormía tranquila, con un brazo alrededor de Ruth. El joven suspiró y sacudió la cabeza, con sentimientos encontrados.

Hacía ya un tiempo, casi desde que había aprendido a caminar sin ayuda, que la pequeña había cogido la costumbre de subirse a la cama de sus padres sin previo aviso, con los consecuentes sustos y regañinas. No obstante, aquella noche la habían dejado dormir con ellos; puesto que dejarían de verla en los dos intensos meses de gira que se avecinaban. Sintió un ramalazo de tristeza al pensar en ello mientras admiraba cómo, en la penumbra, los cabellos aún cortos, pero de un color rubio dorado se esparcían sobre la almohada; rodeando aquella carita redonda y dulce que ahora dormía pero que, despierta, se iluminaba con los ojos castaños más dulces que Ray hubiese imaginado jamás.

Con la punta del índice, este apartó un mechón del suave flequillo que se había posado sobre un ojo. Ruth se dio la vuelta en sueños y se acurrucó aún más contra el pecho de su madre, que ciñó inconscientemente el brazo alrededor de su cuerpecito. Ray se tendió de nuevo junto a ellas, abrazando a Sandra con suavidad y trató de mantenerse despierto; sobre todo, para no sufrir de nuevo aquella pesadilla. No se atrevía a pensar en que pudiese ser premonitoria, a pesar de lo vívida que era. Primero, porque aquellos que habían intentado destruirlos, casi dos años atrás, estaban muertos. Pero, principalmente, porque no podía soportar la idea de perder a Sandra.

El funeral había tenido lugar apenas una hora antes, con la caída del sol; y los asistentes al duelo habían empezado a retirarse ya, exceptuando varias siluetas que Zoe conocía muy bien. Un viento helador soplaba al otro lado de la ventana, agitando los últimos rescoldos de la pira funeraria, pero no podía competir con el hielo que se había alojado en su corazón desde que se enteró de la noticia. No solo por el hecho del asesinato en sí, sino por ser quien era la difunta. Apretó los puños con furia. ¿Quién tenía el valor de hacer una cosa así?

El cadáver de la pequeña Marga, Hija de Marte, alumna de la Escuela de Madrid de tan solo doce años, había aparecido dos días antes en medio del Paseo de Coches del Parque del Retiro, bien a la vista de todo el que pasara por allí a primera hora de la mañana. Por supuesto, la policía había acudido de inmediato y había dispersado a los curiosos, antes de iniciar todo el proceso de investigación del lugar del crimen; pero, aun así, Zoe sabía lo que la gente había visto. Y a muchos los había visto santiguarse y exclamar, en especial a los testigos más mayores.

El asesino había apuñalado a la víctima en el corazón para después trazar un pentáculo sobre el suelo con la sangre derramada; y posicionar al cadáver, desnudo, de tal manera que su cabeza y sus extremidades coincidiesen con los vértices de la macabra estrella. El círculo que rodeaba siempre dicha figura, en este caso, contenía símbolos que ninguno de ellos supo descifrar, al menos en el poco tiempo que tuvieron para espiar la escena. Pero sí detectaron la orientación: el pentáculo había sido dibujado considerando los cuatro puntos cardinales.

Zoe frunció los labios en un gesto de desagrado al recordarlo, a la vez que un escalofrío recorría su espalda. No era la primera vez que ese patrón aparecía en un asesinato, aunque sí era la primera vez que aparecía en España. De hecho, el primer caso se había dado en Hannor, fuera de la Tierra. Contuvo las lágrimas al contemplar la figura de Hal recortada frente al fuego

que ardía en el jardín trasero del caserón. La víctima en ese caso había sido su abuela, el último pariente vivo que le quedaba. De hecho, al volver del viaje para completar todos los asuntos pendientes, lo único que Hal había dicho al respecto es que no pensaba regresar. Nunca más. Y Zoe comprendía en parte su dolor.

El segundo había sido en California, cerca de Santa Bárbara; y como el asunto lo había llevado la Escuela de Los Ángeles, casi todas las novedades llegaron a Salem en diferido. Pero, aun así, había algo claro: el patrón era el mismo. Y lo peor de todo era de quién se trataba: Fred Kempsey, el único amigo verdadero que había tenido Loreen en la infancia; antes de mudarse a Salem a causa de los continuos acosos que sufría en su primera Escuela.

No obstante, fue cuando apareció el tercer cadáver —la tía materna de Anya, una famosa cantante de jazz afincada en un apartamento de lujo de Nueva York—, cuando todas las alarmas se dispararon del todo. Alguien de los suyos, o que conocía muy bien los atributos de la magia, estaba realizando asesinatos rituales de magos y brujas cercanos a ellos. Y aquello era lo más preocupante. Zoe le había dado mil vueltas a la cabeza y no había conseguido llegar a una conclusión satisfactoria, aunque intuía a qué podía deberse todo aquello. Sin embargo, ¿qué sentido podía tener? Gregor estaba muerto. Si alguien quería vengarlo, ¿por qué no había ido directamente a por ellos? Quizá, razonó con amargura, porque era mucho más satisfactorio verles sufrir.

«La muerte es un castigo demasiado fácil», recordó haber oído decir en alguna ocasión.

Una mano se posó sobre su hombro en ese momento y Zoe aceptó su calidez en silencio, a la vez que se recostaba contra el pecho de Óscar. Su relación, cordial desde hacía años, se había consolidado poco a poco a partir del viaje a las Tierras Lejanas para intentar convencer a las criaturas mágicas de que se unieran a ellos contra Gregor. A partir de ahí, lo habían llevado en secreto; pero, cuando seis meses antes Zoe había anunciado su traslado

a Madrid para ayudar a Óscar a organizar una nueva escuela, descubrió que, en realidad, era un secreto a voces.

Él no habló; limitándose, desde su estatura, a apoyar la barbilla sobre la cabeza de ella. Y así permanecieron los dos, durante un tiempo que se les hizo eterno; viendo, a través de la ventana del despacho, cómo las llamas de la pira se consumían en el anochecer.

El fuego recortaba a medias las facciones tensas y angulosas de Hal, mientras este contemplaba fijamente las llamas. Loreen se acercó muy despacio por su espalda y le rodeó un brazo con los suyos, suavemente, mientras contemplaba las llamas. Del pequeño cuerpo ya no quedaban más que unos pocos restos, que pronto se convertirían en ceniza. Algunos retales humeantes de la manta que la había cubierto durante la ceremonia habían caído al suelo, ardiendo todavía con pereza. Al otro lado de la hoguera, la joven pudo distinguir la silueta de Davin. La cual, sentada en el suelo, miraba hacia la hoguera con expresión ausente, como si no estuviese allí. Sin embargo, sus músculos estaban tensos, los labios apretados y los ojos vidriosos por las lágrimas. La silueta de Andie se recortaba justo detrás de su cabeza. De pie, impassible, sin tocar a su hermana; era bastante probable que ella lo hubiese deseado así.

En ese momento la voz de Hal la obligó a levantar la cabeza.

—¿Crees que sufrió? —preguntó.

Su voz estaba enronquecida de tanto llorar, pero Loreen se tragó sus propias lágrimas y trató de mantener la entereza. Él lo necesitaba.

—No lo sé —respondió con suavidad. En realidad, estaba casi segura de que había sido así, pero no era lo que Hal necesitaba oír—. Conseguiremos resolverlo, mi amor. Ya lo verás —lo

animó, aunque la voz aún le temblaba—. Por Marga... Por Fred —la voz se le quebró un instante al mencionarlo— y por tu abuela.

Hal emitió un sonido, mezcla de bufido y risotada amarga.

—No entiendo por qué alguien quiere hacernos tanto daño —aseguró en un susurro ronco. Loreen se mordió el labio, dubitativa. Ella tenía una teoría al respecto e intuía que su pareja también la contemplaba. De hecho, así lo hizo saber en cuanto volvió a abrir la boca—. No sé quién puede estar intentando vengar a Gregor; pero, si lo encuentro, juro que lo mataré.

Su novia le apretó el brazo cuando se tensó y lo obligó a volverse hacia ella, con brusquedad.

—Eso no lo digas ni en broma, ¿de acuerdo? —lo amonestó, con la barbilla temblándole a causa del llanto contenido—. No quiero...

Se calló, incapaz de contemplar la posibilidad de perder a Hal por una insensatez. Conocía tanto las leyes mágicas como las terrenales y, en el mundo en que ella había crecido, ninguna de las dos era nada halagüeña en lo que respectaba al asesinato; ni siquiera por venganza. Pero él pareció entenderla, porque se relajó un tanto y alzó una mano, para pasarle un mechón rebelde por detrás de la oreja.

—Está bien, Lo —su mirada volvió a posarse en las llamas—. Pero me gustaría poder hacer algo... Al menos, para evitar que hubiese más muertes.

Loreen no tenía solución para aquel dilema, pero de nuevo trató de infundir ánimos en el corazón roto de él.

—Seguro que al final daremos con el culpable. Y, cuando lo hagamos, pagará por todo lo que ha hecho.

Hal inclinó la cabeza hacia ella.

—Nunca pensé que serías tan pragmática —soltó una risita lúgubre—. De hecho, creía que serías la primera que querría atravesarle el corazón con una flecha.

Loreen contuvo una sonrisa. Al menos había conseguido desviar la atención de Hal de la funesta pira y devolverle parte de su humor negro habitual, por lo que se limitó a encogerse de hombros y lo besó con suavidad.

—Hay momentos para todo —aseguró en un ronroneo amenazador—. Pero, ahora, lo que menos conviene es ponernos a hacer locuras, ¿no crees?

Davin se quedó junto a la pira hasta que el fuego se apagó del todo. Después, hizo el gesto de los Hijos de Marte hacia los restos de la misma, y se levantó con un suspiro. Todo el mundo se había ido hacía rato, incluida Andie, pero ella no podía. No quería dejar sola a Marga.

Había sido una alumna ejemplar desde que entró en la Escuela, a los cinco años. Rápida, decidida y avispada, pronto había superado a todos sus compañeros en destreza. Pero había muerto demasiado pronto como para que esos progresos tuviesen algún valor. Recordó el día en que tuvieron que desalojar la anterior Escuela; cuando tuvo que tranquilizar a su madre —una humana corriente—, asegurándole que la pequeña ya sabía controlar sus poderes.

Asimismo, un recuerdo personal se entrecruzó con aquella imagen: la zanja de una obra, una pandilla de chavales de su clase queriendo hacerle daño... Piedras, desgarrones en la ropa, puñetazos y, al final, un solo movimiento, un traspies y uno de los niños que la perseguía desmadrado en el fondo del socavón. Cerró los ojos con fuerza y sacudió la cabeza. Hacía muchos años de aquello y había sido en defensa propia. Un desgraciado accidente. Por aquel entonces, ella tenía la edad a la que Marga había muerto. Y fue cuando entró por primera vez en la Escuela de Madrid.

Conteniendo las lágrimas, se encaminó hacia la casa. La nueva Escuela se localizaba en una suave loma. En vez de los

pinos que rodeaban a su predecesora, en este caso el bosque que la envolvía estaba compuesto por varias hectáreas de encinar y monte bajo; y, en vez de una majestuosa mansión, esta estaba conformada por varios edificios apartados y desparramados por la ladera.

De entrada, el edificio principal era un gran caserón donde se localizaban los dormitorios de los Consejeros, un pequeño comedor y un salón de reuniones. Alrededor de este se distribuían varios edificios prefabricados de entre uno y dos pisos. Uno de ellos contenía las aulas; otro, un hospital de emergencia a cargo del cual estaba Keira. Y, los más apartados, las habitaciones de los alumnos; los cuales se alojaban distribuidos por edades.

Por último, alrededor de todos ellos se ubicaban las instalaciones comunes: la piscina, el centro hípico o el campo de tiro con arco. Visto así, pensó Davin con una súbita diversión, parecía un campamento de verano más que una respetable Escuela de Magia.

Cuando llegó a la puerta de su habitación y entró, la luz de la luna penetraba a raudales entre las cortinas. Lentamente, se descalzó y se despojó de la cazadora, el corpiño y los pantalones cortos. Ni siquiera se puso el pijama para dormir y, cuando se metió entre las sábanas, el sueño llegó enseguida. Solo entonces fue consciente de lo agotada que estaba; pero aún le quedó un pequeño resquicio de consciencia para jurar, en voz baja:

—Te vengaré, Marga. Lo prometo.

NO COPYAR

Vino y rosas

18 de abril

Marco se despertó despacio, con una oscura sensación alojada en la boca del estómago, mientras el sol que entraba por la única rendija abierta entre las opacas cortinas arrancaba destellos a sus rizos rubios, cegándolo por un instante. Entrecerró los ojos y volvió la cabeza hacia el otro lado con un gruñido. El hueco de Cora estaba vacío, pero aún estaba tibio.

Mientras Marco rodaba sobre las sábanas y enterraba la nariz en la almohada de su novia, para aspirar con fuerza ese aroma que adoraba y tratar de olvidar la intensa pesadilla que lo había acosado durante las pocas horas que había dormido, el resto de sus sentidos parecieron comenzar a funcionar. Lo primero que percibió fue el rumor lejano de la ducha, claro y cristalino mientras repiqueteaba sobre las baldosas de las paredes, el suelo blanco y un cuerpo de mujer. Por lo bajo, soltó una risa breve y divertida. Al conocer casi todos los misterios del Agua, podía saber casi con exactitud qué estaba sucediendo allí donde discurría solo con oír su canto. Solo que, en este caso, otra melodía se entrelazaba con la suya.

La voz rasgada de contralto de Cora se hizo más clara cuando cerró el grifo y abrió la mampara, cantando una balada a pleno pulmón. Marco sintió cómo se le erizaba el vello de los brazos mientras oía las notas reverberar al otro lado de la puerta cerrada. Era una de las cosas que más le gustaba de su novia; lo que los había unido como compañeros, hacía siete años, y como pareja hacía poco más de dos.

En ese momento la canción terminó y la puerta se abrió, mientras la silueta pequeña y esbelta de Cora se recortaba en el umbral. Envuelta tan sólo en una toalla y ahuecándose el pelo

húmedo con una mano, se acercó a la cama, torciendo los labios en un gesto socarrón.

—¿Aún sigues ahí? —le recriminó con dulzura—. Vamos a llegar tarde al ensayo.

Marco hizo un mohín de falso disgusto y se incorporó en la cama, manteniendo las piernas bajo las sábanas.

—En parte es culpa tuya —la acusó, con media sonrisa irónica—. Fuiste tú la que quiso salir de fiesta anoche.

Había otro mensaje implícito en su voz, ante el cual Cora se ruborizó con levedad; pero su azoro desapareció en el momento en que se subió a la cama de un salto, acurrucándose contra él. Marco pasó un brazo por su cintura y la besó, despacio y con infinita suavidad. Cora enterró una mano en su pelo mientras la otra se deslizaba, ladina, bajo las sábanas. Marco se apartó unos centímetros con rapidez en cuanto identificó sus intenciones y una sonrisa burlona afloró a sus labios.

—¿Otra vez? —preguntó en voz baja—. ¿Y te sorprende que aún no me haya levantado?

Cora se pegó más a él, sin ningún disimulo.

—Asumiré las consecuencias —ronroneó junto a su cuello, mientras su mano tanteaba sin descanso bajo sus abdominales.

Marco cerró los ojos, resoplando, y la besó en el cuello con rudeza. Cora se arqueó hacia atrás y él la empujó para inmovilizarla con su cuerpo sobre el colchón, mientras su mano izquierda retiraba con destreza la toalla que aún la cubría. Cora gimió acto seguido, rendida ante sus caricias y el roce de su piel.

—Ah, creo que se me olvida algo —dijo de repente Marco, mirándola fijamente con un brillo divertido en sus iris azules; mientras se pegaba a ella de una manera que hizo que los corazones de ambos se aceleraran al unísono—. Feliz cumpleaños.

Como única respuesta, Cora se limitó a morderle el cuello con fuerza.

—No podría ser mejor —aseguró, en el preciso momento en que él se deslizaba entre sus piernas.

Fue algo rápido para su gusto; pero, cuando terminaron, jadeantes, los dos pensaron que nadie iba a ser capaz de sacarlos de la cama en unas cuantas horas. Al menos, hasta que recuperasen el aliento. Sin embargo, al cabo de unos minutos, Marco alzó la cabeza.

—Creo que deberíamos irnos ya —comentó, burlón—. Se van a preguntar dónde diantres estamos.

Cora soltó una carcajada irónica mientras se levantaba con esfuerzo de la cama.

—Créeme cuando te digo que no tienen ninguna duda de por dónde queda eso.

—Sí, sí. mamá, estamos muy bien... Sí, ya pronto volvemos a casa. Este es el penúltimo concierto, sí...

Sandra se calló un segundo para escuchar la segunda parte de la diatriba de su madre sobre tener cuidado en los viajes.

“Mira que ahora eres madre de una niña y si te pasa algo...”

Ray puso los ojos en blanco con discreción, aprovechando que estaba de espaldas a su mujer. A pesar de que tenían veinticinco años y estaban independizados desde los veinte, más o menos, los padres de ellos cuatro, en especial los de Sandra, seguían insistiendo hasta la saciedad sobre “Tácticas básicas de supervivencia en el mundo exterior”; solo que Sandra, en su caso, lo consentía más o menos de buen grado y arrugaba el ceño de forma bastante desagradable cuando Ray se metía con ella. Por lo tanto, hacía tiempo que él prefería no hurgar en la herida; sobre todo porque sabía que Sandra podía manejar perfectamente la situación.

El chico dejó en el suelo la guitarra en cuanto escuchó los primeros golpes en la puerta. Se levantó a abrir y saludó a sus dos compañeros con una sonrisa y un abrazo, como siempre; a pesar de que los había visto hacía apenas cinco horas. Felicitó a Cora con cariño, la cual se lo agradeció con una sonrisa y acto seguido se acercó a saludar a Sandra, que le pasó rápidamente el móvil a su novio como si le quemase en las manos; Marco, por su parte, después de saludar con un rápido beso en la mejilla a su mejor amiga, se sentó en el borde de la gran cama de matrimonio. A Ray se le iluminó el rostro cuando escuchó una vocecita incoherente y aguda al otro lado del teléfono.

—¡Hola, mi amor! —saludó a la niña, que parlotaba sin cesar al otro lado— ¿Cómo está mi niña bonita?... Ah, ¿sí? ¿De verdad?

Cora contuvo una sonrisa al oírlo. Sabía que, entendiéndose o no lo que la pequeña Ruth dijera al otro lado, él seguiría hablando como si fuese así. Ray era el prototipo de padre primerizo emocionado hasta el extremo. A pesar de que las circunstancias en que la niña había sido concebida no habían sido especialmente halagüeñas y el parto había sido algo difícil, ahora mismo, año y medio después de su nacimiento, Cora podía afirmar que no conocía a dos padres más felices ni más orgullosos que Sandra y Ray. Además, se habían casado antes de salir de gira y la celebración no podía haber sido más idílica. A Cora, en parte, le corroía la conciencia el hecho de haberles privado del viaje de novios, porque al final todo se les había medio solapado casi sin pretenderlo. Pero los recién casados no parecían afectados por aquel hecho, sino más bien todo lo contrario.

En ese momento, vio cómo Ray le pasaba el móvil a Marco y a este le brillaron los ojos en cuanto escuchó a la pequeña. Cora lo miró con ternura, mientras Sandra abandonaba su compañía y se acercaba a Ray para comentar con él varios detalles del concierto de esa noche. Su novio, por su parte, parecía extasiado con Ruth, a la que llamaba cariñosamente “mi sobrina”; y es que

a Marco y Sandra solo les faltaba compartir la misma sangre para ser hermanos, debido a la magnífica relación que tenían desde que eran niños. Y Cora no podía estar celosa de algo así. ¿Cómo, si tenía claro desde hacía dos años que Marco no tenía ojos para nadie más que para ella? Se lo había asegurado tantas veces que Cora, en algún momento, había tenido que interrumpirlo a media frase con un beso; para dejarle claro que lo sabía y no tenía dudas al respecto.

No obstante, sintió una punzada de inseguridad al pensar en aquello que Marco y ella nunca habían sacado a la luz, especialmente desde el nacimiento de Ruth: ¿qué pasaría el día que ellos dos tuvieran un hijo? ¿Cambiaría su relación? ¿Él lo querría igual que quería a Ruth? Al pensar aquello, Cora estuvo a punto de abofetearse por idiota; pues claro que lo querría. Sería suyo y eso era motivo suficiente.

Marco se levantó en ese momento, sacándola de sus cavilaciones. Acababa de colgar el móvil y de devolvérselo a Sandra y Cora sorprendió la emoción de su mirada. Sin decir nada, se acercó para darle un suave beso en los labios, a lo que él respondió con dulzura.

—Vamos —lo instó mientras se separaban—, hay trabajo que hacer.

Él le sostuvo la mirada un segundo, casi conociendo sus pensamientos; después, asintió con una sonrisa y le pasó el brazo por la cintura.

—Vamos.

El estadio debía estar a reventar, a juzgar por cómo re-tumbaban las paredes y el techo del vestuario donde los habían alojado para cambiarse y descansar. Cora se apartó un mechón del espeso flequillo rojizo y se miró en el espejo con un suspiro. Veinticinco años. Un cuarto de siglo. La sensación que la había

acosado durante todo el día volvió a atenazarle la boca del estómago, sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Por un lado, se sentía demasiado joven aún para sentar la cabeza; pero, por el contrario, el ver a Sandra felizmente casada y con una familia despertaba una incómoda vocecita en su cabeza que la machacaba cada vez con más frecuencia:

«Y tú, ¿qué? ¿Cuándo piensas seguir su ejemplo?»

Cora se mordió el labio. Cuando se enteró de lo de Sandra, dos años atrás, casi había llegado a pensar que todo se había tratado de un accidente, aunque los futuros padres aceptaran aquel embarazo con naturalidad; pero esto era, sobre todo, debido a que ni ella misma estaba segura de que, llegado el momento, pudiese reaccionar igual ante la misma situación. Como por reflejo, su mano se deslizó dentro del bolso de cuero que había dejado sobre la encimera y tanteó, nerviosa, hasta encontrar el preciado anticonceptivo.

Cerró los dedos en torno al envoltorio y lo apretó con fuerza, a la vez que cerraba los ojos y respiraba hondo. Cuando los abrió, sin embargo, ya no estaba sola. Sandra estaba a sus espaldas y, cuando sus miradas se cruzaron, le apoyó una mano amistosa en el hombro.

—Eh, ¿estás bien?

Cora trató de encogerse de hombros con indiferencia, pero le salió un gesto indefinido que podía significar desde apatía hasta incomodidad. Los ojos grises de Sandra se entrecerraron unos milímetros y se adelantó un par de pasos para ponerse a su altura. Con suavidad, la obligó a volverse hacia ella.

—Cora, ¿qué ocurre?

Esta se zafó con suavidad.

—No es nada, en serio —alegó en voz baja.

Su tono no había sonado nada convincente y, por ello, Sandra sonrió, comprensiva.

—Sabes que a mí puedes contármelo —la animó.

Cora se removió en el sitio, incómoda.

—Lo sé, pero...

Su rubia compañera arqueó una ceja inquisitiva.

—Cora, es tu cumpleaños, estamos de gira y la gente está deseando vernos —le posó de nuevo la mano en el hombro—. Disfruta y no pienses tanto —añadió con una sonrisa.

Sandra sabía que Cora no le estaba contando todo lo que le sucedía, pero prefirió dejarlo estar. Por el contrario, trató de distraerla y alzó la otra mano hasta ponerla casi frente a la nariz de su amiga. Esta abrió mucho los ojos, sorprendida y cogió el paquete que la joven del Aire sostenía con delicadeza entre sus dedos. Despacio, lo abrió y ahogó una exclamación al verlo.

El pequeño pentáculo era de oro, con una llama ritual encerrada en el pentágono central y una aureola de llamas uniendo las cinco puntas de la estrella. Con cuidado, dejó que Sandra lo colgara de su cuello, depositando la joya justo en el vértice de la blusa de color burdeos, y la admiró sobre el espejo.

—Es precioso, Sandra —confesó, emocionada, volviéndose de inmediato para abrazarla—. Muchas gracias.

La joven sonrió, encantada.

—Ray me pidió que te lo diera antes del concierto.

—No teníais por qué molestaros, de verdad...

Hasta ese instante ninguno de ellos le había regalado nada; pero, como Cora valoraba mucho más todo lo que le estaba sucediendo antes que cualquier objeto físico que pudieran ofrecerle, no le había dado importancia. Sandra, por su parte, se encogió de hombros con alegría ante su último comentario.

—Espero que no creyeses que no te íbamos a regalar nada —repuso, como si le hubiese leído el pensamiento—. Sé lo que opinas sobre estas cosas. Pero, es que, cuando lo pensamos, nos pareció algo especial de verdad —calló un segundo, indecisa—. Para recordar —concluyó al fin en voz baja.

Cora tragó saliva con fuerza. Sandra tenía razón. Aquel detalle iba más allá de un simple regalo de cumpleaños, estaba

claro. Ninguno de los cuatro quería olvidar, puesto que la magia era parte de sus vidas desde hacía dos años.

«Y ojalá se limite a lo que es ahora», rezó Cora en silencio.

No quería volver a pasar por algo semejante a lo de aquella época. En ese momento, dos cabezas masculinas asomaron por la puerta, sacándola de golpe de sus pensamientos.

—¡Vamos, chicas! —las apremió Ray con impaciencia—. ¡Está todo listo y vamos con cinco minutos de retraso!

—¡Vale, vale! —protestó Sandra, a la vez que se dirigía hacia ellos sorteando varios bancos de madera con insultante agilidad—. ¡Nunca entiendo las prisas de Luis, en serio! ¿No se supone que esto es para disfrutarlo?

Ray soltó una carcajada mientras la cogía por la cintura y su ceño fruncido desapareció como por ensalmo. El efecto de la joven era casi inmediato sobre él. Todos lo sabían.

—Sí, pero eso no quita que no queramos que nos tiren tomates por hacerles esperar —agregó él, antes de besarla con cariño.

Sus compañeros trataron de no hacer comentarios ante aquella escena tan cotidiana; pero, cuando la pareja desapareció por el pasillo, Cora llegó donde estaba Marco y los otros dos desaparecieron de inmediato de sus mentes. La mirada de él voló inmediatamente al pentáculo que la joven lucía sobre el escote y un brillo extraño se apoderó de sus iris azules. Cora lo observó un momento, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —preguntó, intrigada y preocupada a la vez.

Marco pareció percibir sus temores enseguida, porque recobró la compostura en un abrir y cerrar de ojos y mostró su sonrisa más radiante.

—Por supuesto que me gusta. En realidad, me encanta —añadió tras un instante de vacilación que Cora apenas percibió, tan aliviada como estaba ante su respuesta.

Él se inclinó para besarla y, aunque la chica todavía lo notaba algo más rígido de lo normal, esta prefirió no indagar en el asunto. Ya se lo preguntaría más tarde. Ahora, el escenario esperaba.

NO COPIAR

NO COPYAR

Polos opuestos

El concierto prometía ser un éxito desde el primer momento. La acústica era buena, las guitarras estaban afinadas a la perfección y Cora y Sandra habían tenido tiempo para calentar la voz antes de salir. El repertorio era de unos quince temas, casi todos del primer disco que habían sacado; pero, también, habían incluido alguno del segundo que habían empezado a preparar antes de la gira y cuya grabación estaba prevista para cuando esta terminase. Unas pequeñas vacaciones de tres semanas y vuelta al trabajo.

En un momento dado, después de cantar *Todo y nada*, uno de los trabajos más brillantes de Ray en cuanto a composición desde que habían empezado a tocar juntos, Luis les hizo una seña para que se retiraran un segundo del escenario. Las luces se apagaron y los cuatro, tras un segundo de vacilación, avanzaron a tientas hacia donde estaba él. No, solo eran tres, observó Cora, ya que Marco se había quedado rezagado; al parecer, esperando. Intrigada, se volvió hacia sus compañeros, pero al sorprender las sonrisas enigmáticas que intercambiaban, se irritó ligeramente.

—Sandra, ¿qué...?

Pero su compañera le tapó de inmediato la boca con suavidad, antes de que pudiera preguntar y la obligó a volverse hacia el escenario. Cuando al final obedeció, a regañadientes, Cora creyó que se iba a desmayar de la impresión.

Los focos volvían a encenderse con suavidad. En especial uno de ellos, de luz blanca, que caía sobre un enorme piano de cola, frente al cual se había sentado Marco. Los aplausos comenzaron de nuevo y los aullidos de histeria de las adolescentes se oyeron por encima del barullo. Cora sintió una punzada de celos, que desapareció en cuanto él desvió la vista hacia ella y la sonrió con dulzura, lo que hizo que sus rodillas temblaran aún más. Te-

nía una ligera sospecha de lo que iba a suceder a continuación y lo único que era capaz de pensar era:

«Ni se te ocurra derrumbarte».

Como si hubiese oído sus pensamientos, Sandra le apretó un brazo y la sonrió con calidez. Cora le devolvió el gesto y los tres se acomodaron en la penumbra para asistir al espectáculo. Marco se había levantado del banco y había cogido el micrófono, dispuesto a presentar la canción.

—Hoy es un día muy especial para mí —comenzó—. Sé que esto no es lo habitual; pero, hoy, aquí, era algo que tenía que hacer. Y debo decir que hace años que deseaba hacerlo.

>>Hoy, dieciocho de abril, es el día en que cumple años la mujer a la que quiero, la persona más importante de mi vida, a la que tengo que pedir perdón por haber tardado tanto en darme cuenta de lo especial que era.

«Sí, más te vale», pensó Cora con sorna, recordando el día en que por fin habían decidido empezar a salir juntos.

Los aplausos se redoblaron y se oyeron silbidos de diversa índole, y ahora los gritos histéricos se oían en bastante menor medida.

«En la próxima canción me llevo un tomatazo», reflexionó la joven con cierta amargura, aunque se obligó a controlarse de inmediato.

No sucedería nada. La voz de Marco se oyó de nuevo.

—Así pues, hoy seré yo el que cante. Una canción que compuse hace un tiempo y que se llama “Polos opuestos”. Y es el regalo que quiero hacerle a Cora Ferrer por su veinticinco cumpleaños.

Cora tragó saliva y se mordió el labio, tratando de reprimir las lágrimas, mientras Marco lanzaba una mirada en su dirección y vocalizaba sin palabras:

“Te quiero”.

Cora le lanzó un beso con la punta de los dedos. Pero, antes de que Marco se sentase de nuevo, alguien la empujó con le-

vedad por detrás. Sorprendida, se volvió para fulminar con la mirada a Sandra, que respondió con una sonrisa divertida mientras alzaba las cejas con elocuencia. Al girarse de nuevo, descubrió con la boca seca que Marco, junto al piano, tenía una mano tendida hacia ella.

«No, no, no».

Aquello no era posible. Si tenía que emocionarse, mejor a oscuras y sin que nadie la viese. Pero al parecer, todo el estadio esperaba que hiciese algo. De hecho, habían empezado a corear su nombre. Cerró los ojos y respiró hondo: si tenía que ser así... Tratando de que las rodillas no le entrechocasen, avanzó y tomó la mano de Marco entre las suyas. Él se la acercó y besó sus nudillos con suavidad. En ese momento, Cora vio la oportunidad de vengarse. Con rapidez se apretó contra él y enlazó sus bocas antes de que él pudiese hacer nada. Por desgracia, parecía estar esperando una reacción similar, porque le devolvió el beso con intensidad.

Ahí sí que se escucharon varios gritos desgarrados y los abucheos aumentaron de volumen, pero ambos sabían que no eran importantes. Por un instante, solo existían ellos dos. Cuando se separaron, Marco, sin soltarle la mano, la condujo al otro lado del piano y se sentó en la banqueta. Cuando empezó a tocar, Cora agradeció en silencio el apoyo que le brindaba el piano; porque pensaba que podía morir de amor en cualquier momento.

La canción era sencilla, emotiva y dulce. Y la voz de Marco, que habitualmente se limitaba a hacer los coros, se alzó clara en la noche burgalesa. Era una voz intermedia, algo más aguda que grave; pero a Cora la había cautivado desde el primer momento que le oyó cantar, años atrás. Mientras él entonaba, no apartó la vista en ningún momento, consciente de que aquel era su regalo, solo para ella y ciertamente íntimo a pesar de estar dándosele frente a miles de personas.

Cuando la canción terminó, después de cuatro minutos que a Cora se le pasaron en un suspiro, un rugido encantado se

alzó desde las gradas; y los silbidos, esta vez de admiración, se mezclaron con los elogios en una marea ensordecedora. La joven se dio cuenta, maravillada, de que había sido capaz de contener las lágrimas todo el tiempo, aunque no estaba segura de cuánto tiempo más podía aguantar. Marco hizo una reverencia a su público y después tomó su mano; sus dedos se entrelazaron de nuevo y el chico los apoyó sobre su corazón. Ella se acercó para darle un suave beso en los labios a la vez que las luces caían hasta sumirles en la penumbra y, despacio, entre aplausos, se deslizaron hacia donde se encontraban sus compañeros.

«Un concierto muy emotivo», pensó la joven con sorna mientras se deslizaba hacia la salida con gracilidad.

Tanta gente apiñada a su alrededor, tantos humanos simples le provocaban arcadas, pero se contuvo y trató de mantener la dignidad hasta el final. Cuando por fin consiguió salir del estadio y la brisa nocturna le acarició el rostro, cerró los ojos y suspiró con deleite, no solo por estar al aire libre. Los había encontrado de nuevo. No había sido muy difícil, pero el último año y medio había estado muy ocupada asentando su posición en la oscuridad, afianzando su liderazgo y concretando su venganza como para preocuparse por ellos. Sin embargo, ahora era el momento de que todo echase a rodar.

La limusina apareció casi sin hacer ruido por la esquina que estaba rodeando. El chófer, embozado con un pasa-montañas oscuro y capucha, salió para abrirle la puerta del asiento trasero. La joven se sentó con gracilidad mientras echaba hacia atrás su melena, rizada y rubia. Cuando el coche arrancó, dirigió una última mirada al estadio con sus ojos de color azul zafiro, en los que se reflejaba claramente la maldad que bullía en su interior, y sus labios esbozaron una sonrisa malévola.

«Ya sois míos»

Sandra estaba inquieta y no conseguía dormir. Tras varios minutos dando vueltas en la cama, decidió levantarse y, sin vestirse, se acercó a la ventana. Cuatro pisos más abajo, el río Arlanza discurría con fuerza, resultado de las lluvias del último mes; y un viento especialmente intenso agitaba las copas de los árboles de la ribera. A aquella hora tan tardía ya apenas circulaban coches, pero aún se oían los gritos de los grupos de jóvenes que trasnochaban hasta la madrugada.

Sintió un escalofrío al pensar que alguno de ellos podía haber estado en el concierto. Siempre le sucedía, después de cada actuación y cada vez que daba un paso fuera de su casa. Aún la sorprendía que hubiera grupos de adolescentes que se quedasen mirándola cuando pasaba. Las miradas de ellos eran de deseo mal disimulado, acicateado por las hormonas de la edad; las de ellas, de envidia y adoración a partes iguales. Como si pensasen que siendo como ella en el futuro se acabarían todos sus problemas. No pudo reprimir una risita sarcástica. Si ellas supieran...

Un ruido de sábanas en movimiento la obligó a volverse, alerta; pero, al parecer, Ray sólo acababa de darse la vuelta en la cama. Aún dormido, puesto que seguía roncando con suavidad. Sandra se apoyó contra el alféizar, sin dejar de mirarlo. A pesar de los años, no había día en que se arrepintiese de estar con él. Por supuesto, su relación no había sido ningún camino de rosas, solo quizá algo más que la de otros.

Sus pensamientos se desviaron inmediatamente hacia Marco y Cora. Sobre todo, los primeros años, no se habían librado de más de una discusión y de diversas faltas de acuerdo a medida que se iban conociendo. Sin embargo, habían resistido y allí estaban, casi ocho años después, casados y con una hija. Sandra sintió una punzada de nostalgia al pensar en ella. Aquella era la primera vez que se alejaban de Ruth durante tanto tiempo seguido

y, a pesar de que ambos sabían que con su profesión era inevitable, Sandra nunca pensó que podría dolerle tanto su ausencia.

Durante meses, había sido casi una extensión de sí misma debido a la gran cantidad de tiempo que pasaban juntas, e incluso en algún momento había llegado a sentir ciertos celos infundados de Ray cuando él pasaba mucho tiempo con ella. Por suerte, eran sentimientos que se habían ido diluyendo con el tiempo; puesto que, si algo tenía claro Sandra, era que no sería capaz de concebir un padre mejor para su pequeña.

El viento golpeó en ese momento la ventana, provocando que los cristales entrechocasen. Sandra frunció el ceño e hizo un pase con la mano. Al segundo siguiente, el aire que corría al otro lado del cristal era apenas una brisa suave. La joven sonrió con satisfacción y volvió a la cama, donde se acurrucó contra el cuerpo cálido y sólido de Ray. El hecho de ser la Tierra había fortalecido sus músculos casi sin que él lo pretendiese, dándole una forma exquisita a su cuerpo que Sandra no podía dejar de apreciar.

«Sobre todo en la intimidad», pensó con diversión.

El chico se removió en sueños cuando ella rodeó su vientre con el brazo y su respiración se aceleró un tanto, para acto seguido recuperar un ritmo normal que indicaba que estaba profundamente dormido. Sandra lo besó con suavidad la sien.

—Te amo —le susurró, antes de hundir la cabeza en la almohada y cerrar los ojos.

El suave arrullo de la brisa exterior terminó por sumirla en un sueño intranquilo, el cual no sería capaz de recordar a la mañana siguiente.

Los cristales entrechocaron con suavidad cuando juntaron las copas.

—Por *Black Sunset* —brindó Cora.

—Por nosotros —respondió Marco.

La joven soltó una risita mientras se llevaba el rojo líquido a los labios. Sabía que era casi un sacrilegio rebajar aquel vino tan exquisito, pero también sabía que el alcohol era uno de los tabúes más estrictos de su nueva condición.

Miró de reojo a Marco mientras él depositaba la copa sobre la mesilla y se limpiaba la boca con el dorso de la mano, en un gesto muy suyo. Cora le imitó y se tendió junto a él, sin preocuparse de taparse con las sábanas. Sabía que entre aquellas cuatro paredes hacía un par de horas que la decencia había desaparecido por completo, como solía ser habitual con Marco. Él, por su parte, se quedó recostado sobre los cojines apoyados en el cabecero de la cama, medio sentado. Le tendió una mano y ella la cogió, sonriendo. Marco le devolvió el gesto, pero Cora notó que estaba más pensativo de lo normal. Lentamente, se incorporó hasta que sus cabezas estuvieron a la misma altura.

—¿Va todo bien? —le preguntó.

Él se encogió de hombros con levedad, como para restarle importancia. Cora se impacientó sin poder evitarlo.

—¿Marco? —insistió—. Sabes que no me gusta que me ocultes cosas.

El chico soltó una risita y sacudió la cabeza.

—No te estoy ocultando nada —aseguró con suavidad—. Es solo que... Bueno, hay algo que quiero decirte y no sé ni por dónde empezar.

Cora arqueó una ceja, intrigada, a la vez que notaba cómo su corazón empezaba a palpar con rapidez bajo el pentáculo dorado que aún adornaba su pecho. ¿Qué podía ser tan difícil de decir? Marco parecía muy indeciso, por lo que Cora le apretó con más fuerza la mano y le dio un suave beso en los labios.

—Sabes que puedes decirme lo que sea —insistió.

Él mostró media sonrisa.

—Sí, lo sé. Pero lo que te quiero... preguntar suele ser bastante delicado en muchos casos.

Cora notó que palidecía al pensar de qué podía estar hablando. Había varias posibilidades y no estaba segura de que ninguna de ellas fuese algo que ella quisiese oír. Sin embargo, se escuchó a sí misma decir:

—Bueno, ¿vas a decírmelo o vas a dejarme con la intriga?

Había tratado de bromear y Marco pareció relajarse un poco.

— De acuerdo —respiró hondo y la miró a los ojos—. Cora, hace más de dos años que salimos y antes de nada quiero decirte que nunca he querido a nadie como a ti, discusiones y desacuerdos aparte —Cora sintió que se ruborizaba un poco y él se rio, enrojando a su vez, sabiendo que ambos recordaban esas situaciones—. Lo único que tengo claro después de este tiempo, sabiendo todo lo que nos costó estar juntos, es que quiero estar contigo para siempre; y que reviente el mundo si quiere, porque nunca voy a abandonarte. Así que... —respiró hondo de nuevo, al parecer ajeno a la palidez que se había apoderado del rostro de su novia cuando fue plenamente consciente de lo que él iba a decir a continuación—. Cora Ferrer... ¿Querrías casarte conmigo?

El silencio se apoderó de la habitación como un manto y, después de recuperar la serenidad, Marco tardó un par de segundos en descubrir que algo no iba bien. En su fuero interno, había esperado que Cora se lanzara a sus brazos y dijera que sí, pero dicho momento se retrasaba más de lo que él esperaba. De hecho, su esperanza terminó de derrumbarse en el momento en que Cora sacudió la cabeza, al parecer repuesta de la sorpresa, y respondió:

—Marco... No...

Él pensó que no se hubiese sentido peor si le hubiesen dado una bofetada. ¿Qué? No era posible. Pero si Cora y él... Miró a su novia sin comprender.

—¿N...? ¿No? —fue lo único que salió de su garganta al cabo de unos segundos—. ¿Por...? ¿Por qué no, Cora? —algo

similar a rabia, mezclada con dolor, empezaba a alojarse en su pecho—. Creía que éramos felices...

Cora pareció ser consciente en ese momento de que se esperaba una explicación por su parte, porque se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no, Marco. No me estás entendiendo. No es que no quiera casarme contigo porque no te quiera...

—Entonces, ¿por qué? —gritó él, levantándose de la cama, ya sin preocuparse por ocultar sus sentimientos—. ¿Cuál es el maldito problema?

Cora lo miró boquiabierta un momento y, después, su rostro empezó a enrojecer debido a la ira que lo invadía. Embargado por la furia, Marco no fue consciente de que había cruzado una peligrosa línea, pero ella sí lo había visto. Se levantó despacio de entre las sábanas, mirándole fijamente, y lo encaró desde el otro lado de la cama.

—¿Acaso te has preguntado alguna vez —siseó con lentitud— qué era lo que yo opinaba sobre el matrimonio, Marco? ¿¿Acaso...?! —continuó, alzando la voz, en el momento en que él iba a abrir la boca para responder— ¿... te has planteado si yo quería casarme? No, ¿¿verdad?! —

Su voz destilaba ácido y Marco pensó que aquello ya era demasiado. Muy bien, ¿era lo que ella quería oír? Pues se lo diría.

—Lo único que creía es que me querías lo suficiente para decirme que sí.

Cora soltó un bufido.

—Pues mira, has ido a dar con una pareja que no cree en la institución del matrimonio —hizo un gesto elocuente para señalar la habitación—. ¿Qué pasa? ¿Esto no es suficiente para ti?

—¡No! —aulló él, ya fuera de sí.

—¡Pues mira qué bien! —gritó ella más alto aún—, ¡porque no voy a ceder! ¿Me oyes? ¡No pienso hacerlo!

Marco resopló, airado, pero de inmediato pareció serenarse; transformando su rostro en una máscara de frialdad.

—Ni siquiera por mí, ¿verdad? —susurró con amargura contenida—. Ni siquiera por el amor que dices tenerme.

Cora inspiró hondo, todavía escuchando los latidos de su corazón.

—No. Son mis principios, Marco; y es algo que ni tú ni nadie va a conseguir cambiar.

Él la miraba fijamente. Cora tragó saliva.

«¿Y ahora qué?», pensó.

De repente, Marco le dio la espalda y comenzó a vestirse con prisas. Ella dio un par de pasos hacia él, pero después retrocedió de nuevo. Si era ella la que iba a pedirle perdón, sería capitular, y no pensaba hacerlo. No hasta que el comprendiera sus motivos. Pero ahora mismo no parecía dispuesto a escuchar.

Cuando el joven terminó de calzarse y se puso la cazadora, cogió la botella de vino del suelo y se dirigió hacia la puerta, sin una palabra. Cora sentía que tenía que hacer algo.

«Pero, ¿el qué?»

Miró la espalda de Marco mientras se alejaba y, en el momento en que él abría la puerta, reunió valor para llamarlo por su nombre. Él se volvió a medias, detenido bajo la luz mortecina del pasillo.

—Te quiero —dijo ella con seriedad—. Espero que lo sepas.

La luz se apagó en ese momento y Cora dejó de ver los rasgos de su pareja, pero pudo notar la mezcla de sentimientos en su voz cuando respondió: amargura, dolor, traición. Y, a la vez, una frialdad que a la joven le puso la piel de gallina.

—Me alegro —susurró Marco, antes de cerrar tras de sí.

El portazo sonó como una bomba en los oídos de Cora; la cual, sin saber muy bien cómo, se encontró de repente sola en una habitación de hotel, acurrucada entre las sábanas de una cama de matrimonio y llorando amargamente de incomprensión, a las cuatro de la mañana; después de una discusión, en la noche de su cumpleaños, derivada a partir de un malentendido. Porque jamás,

ni en mil años de vida, Cora hubiese pensado que alguien como Marco, sabiendo lo que él había sido, valoraría tanto algo tan serio... como el matrimonio.

NO COPIAR